

## Democracia y calidad de vida.

Por Juan Sebastián De Stefano

*director@urbeetius.org*

Llevamos veinticuatro años de plena vigencia del sistema de vida democrático en nuestro país, después de varias décadas de continuas interrupciones autoritarias. Este es el periodo mas largo de vigencia de las instituciones en nuestro país desde el golpe de estado que en 1930 derrocó al Presidente Hipólito Yrigoyen.

Parece oportuno, entonces, intentar analizar la calidad de nuestras vidas y la calidad de nuestro sistema institucional.

Después de haber superado esa sombra que golpeó la República durante el siglo XX, que implicó que los gobiernos democráticos duraban cada vez menos y los gobiernos de facto cada vez más, debemos asumir que ciertas corporaciones han entendido que deben someterse a la voluntad popular les guste o no, así como la población ha comprendido que siempre es preferible esperar el final de un gobierno antes que convocar a los “salvadores de la patria” para guiar sus destinos.

Semanas atrás, releendo algunos artículos de Norberto Bobbio, encontré un párrafo en el cual explica la relación que existe entre la calidad de vida y la calidad de las democracias si se las analiza a la luz de las expectativas que la sociedad deposita sobre el sistema institucional. Bobbio sostiene que *“hemos aprendido a encarar la sociedad democrática sin ilusiones. No estamos más satisfechos. Nos hemos vuelto menos exigentes. La diferencia entre nuestras preocupaciones de entonces y las de ahora sólo residen en eso. La calidad de nuestra vida común en general no ha mejorado, de hecho en algunos aspectos ha empeorado. Somos nosotros quienes hemos cambiado, volviéndonos más realistas y menos ingenuos”*

A la luz de este párrafo, es bueno que intentemos mirar hacia el pasado reciente y a la vez, observar crudamente nuestra realidad social, para saber en que condiciones nos encontramos hoy, los argentinos, después de haber transitado estos años de vigencia de nuestras instituciones democráticas.

Ante esta realidad tangible, es importante analizar nuestra realidad a partir de la definición que diese el ex-presidente norteamericano A. Lincoln cuando indicó que la democracia es el gobierno del

pueblo, para el pueblo y por el pueblo. Así, observamos con claridad, que los cambios que la sociedad ha realizado, cambios estos que, sin lugar a dudas, no son neutros, y que tampoco tienen una valoración negativa. Estos cambios solamente van a demostrar que en estos años la realidad ha superado a la ilusión, que la crudeza del ajuste ha licuado nuestras esperanzas a lo largo de todo este periodo democrático y que nuestras utopías se han convertido en simples cotidianidades, en definitiva que el mundo de lo terrenal le ha cerrado el paso al mundo espiritual.

Quienes seguimos creyendo en los valores de una sociedad abierta, plural, solidaria tenemos hoy mucho que batallar. Años de exclusión social han generado la idea que es imposible resolver los problemas de las desigualdades en nuestro país.

Hoy es imposible pensar igual, en lo accidental, al año 1983. En aquél momento pensar en la democracia era pensar en la participación ciudadana, en la construcción de un estado de bienestar y en la incorporación de los sectores excluidos en la generación de los cambios transformadores de la sociedad. La pregunta que nos tendríamos que hacer en este estado de reflexión es acerca de si hemos alcanzados nuestros objetivos o, por lo menos, si hemos logrado incorporarlos a la agenda de discusión y si hemos avanzado algo en su concreción.

Considerando que las inquietudes mayores, hoy en día, están fundadas en la seguridad o, mejor dicho, en la falta de ella, habría que decir que aquello que pensábamos como sociedad tuvo un retroceso; hoy son más los que piden “mano dura” que los que piensan que los derechos humanos son para todos. Pero, es verdad eso? Creo que no, los resultados de las últimas elecciones me hacen pensar que es más parte de un discurso que nos quieren imponer que un sentimiento que se hace carne al momento de elegir a nuestros gobernantes. Eso sin descuidar que la inquietud existe y que los medios nos bombardean todos los días con las informaciones de asesinatos, robos, violaciones y todo otro delito aberrante que durante siete años omitieron de hacer.

Otra inquietud, más grave aún, es el sentimiento que las instituciones no están consolidadas. Me pregunto si eso es cierto. Pensar de donde salimos y dónde estamos nos obligaría a decir que hemos avanzado, por lo menos hoy, tal como indicamos más arriba, llevamos 24 años decidiendo quiénes nos gobiernan, aún falta, pero estamos en camino. Depende de todos, no sólo de los dirigentes políticos, sindicales, empresariales, etc., sino de todos. Cuando, como diría el poeta, uno mira atrás y ve los caminos que nunca se han de volver a pisar piensa que transitamos una senda espinosa y sinuosa, pero es una senda con destino único. Hoy, como siempre, es la hora del compromiso y la participación, si no después no podemos decir que otros deciden por nosotros.

Finalmente, en el plano del pasivo, me gustaría pensar en cuál fue la mayor herencia que nos dejó la década del 90. Algunos podrán pensar que fueron las privatizaciones, otros la corrupción, otros la inserción de la Argentina en el mundo. Yo no lo creo. Creo que la mayor herencia fue la imposición de la ideología del pragmatismo en nuestra sociedad y, sobre todo, en los sectores que deberían ser los más dinámicos, los jóvenes. El creer que el aquí y el ahora son las metas impone, por obvias razones, el creer que las utopías se han perdido y esa pérdida implica, necesariamente, la pérdida de las esperanzas y, peor aún, la pérdida del afán de pelear por conseguir algo distinto. Es, entonces, responsabilidad de todos construir instituciones más fuertes y más representativas y que valgan la pena ser vividas.

Estamos a las puertas de una nueva administración que pueda poner como destinatario final de todos los esfuerzo a los ciudadanos, que permita construir mas y mejor calidad institucional.

De la construcción que podamos hacer depende que podamos decir, en no mucho tiempo que la democracia es sinónimo de mejor calidad de vida y no que la mejora en la calidad es independiente del sistema de vida que adoptemos.